

La reedición de **Historia de la Nación Latinoamericana**,

ese clásico de Jorge Abelardo Ramos en el que las generaciones de los 60 y los 70 abrevaron en busca de un pensamiento “americanocéntrico”, reintroduce la obra a los jóvenes. Al mismo tiempo, la pluma singular y exquisita de su hija apura relatos sobre aquel padre genial y disparatado, que comenzó a confiarle la corrección de sus textos a la tierna edad de 12 años.



RAMOS

GENERALES

por **Laura Ramos**

PENSAMIENTO NACIONAL



Entre los truenos y relámpagos de su drama, la América Latina balcanizada adquiere la convicción de que ya está madura para la creación de su propia historia y que el vasto hinterland de los Estados Unidos será decisivo para el destino de la humanidad. La Nación latinoamericana dividida en 20 fragmentos tenderá a unirse para emerger del estancamiento y la impotencia. Para librarse del absolutismo español, San Martín y Bolívar lucharon en toda América Latina hasta triunfar. Tampoco en la lucha contemporánea existe otra frontera que la de la lengua y la bandera unificadora. La victoria final sólo será posible con la Confederación de todos los Estados latinoamericanos. Pero esta estrategia que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra historia común designa un problema: la cuestión nacional.”

Me siento muy agradecida con mi padre no tanto por los formidables regalos que me hacía —cajas a rayas que contenían vestidos franceses, sombreros envueltos en papel de seda, libros con ilustraciones (sería ingrato incluir en esta enumeración a las antipáticas muñecas lesbianas de pelo corto que se empeñaba en comprarme)— cuanto por las aventuras en las que me vi envuelta estando a su lado.

La desmesura que lo llevaba a pensar a América latina en términos de nación, o de personaje colectivo, esa hipérbole ideológica shakesperiana o trotskista, no se limitaba a un solo tópico. Su enardecimiento contaminaba todos los aspectos de su vida.

El triunfo del parasitismo oligárquico, que requiere para continuar en el poder la fragmentación de la Nación Latinoamericana, se revela esencial al dominio imperialista, lo

mismo que la formación de un sistema de partidos políticos domados, una inteligencia colonizada y un aparato cultural que, en el caso de la Argentina, adquiere una fuerza semejante al de un ejército de ocupación. Tales apoyos del poder imperial, que hablan generalmente nuestro mismo idioma, constituyen una pieza clave de la aludida dominación extranjera. El Gobernador Roberts decía en 1842, en la India conquistada por Gran Bretaña, palabras de una claridad penetrante: ‘Es una terrible experiencia gobernar sin la ayuda de intermediarios de extracción nativa’.

Quando el gobierno de Isabel Perón lo echó de la Universidad de Buenos Aires, sus libros fueron prohibidos y la Triple A lo incluyó en sus listas de sentenciados, decidió recluírse en el campo. Pero no se sentó en una silla de mimbre a mirar el horizonte. Nada de eso. Si

las circunstancias políticas lo conducían a la explotación agrícola-ganadera, él abrazaría la cosechadora Vasalli hidrostática como un baluarte revolucionario.

Que unos sean de derecha o de izquierda, poco importaba en la factoría pampeana hechizada por la Inglaterra victoriana. Estos intelectuales y partidos demo-liberales, hace 40 años apoyaban jubilosamente a las democracias coloniales en guerra con las potencias europeas totalitarias. Son los mismos que hoy consideran la guerra de las Malvinas como una aventura irresponsable. En 1941 pugnaban por el ingreso de la Argentina a la guerra imperialista a fin de defender a Inglaterra. Ahora rechazan la guerra argentina contra Inglaterra. El orangután sigue frente al espejo.

Con el mismo desprecio por las leyes burguesas y la misma habilidad para gestionar préstamos bancarios con los que antes alquilaba inmuebles o compraba impresoras para las actividades del partido (y asumo la responsabilidad por todos los sentidos posibles de la palabra *partido*), consiguió dos créditos agropecuarios, con los que compró, arrendó o robó:

1. Una chacra de 120 hectáreas situada en la planicie amarillenta de Despeñaderos, a sesenta kilómetros del Valle de Calamuchita, en Córdoba.
2. Una máquina ordeñadora Alfa Laval color rojo brillante para diez bajadas y una garrafa inoxidable con visor.
3. El libro *La explotación del tambo*, en una preciosa edición de Sudamericana de 1945.

Los rasgos esenciales impresos al Imperio de las Indias por la colonización española se profundizarán en la era de la independencia. De aquellas regiones iberoamericanas débilmente vinculadas entre sí y explotadas genéricamente por España, único centro aglutinante, surgirán las naciones particulares, atraídas por el imán de otros centros mundiales más poderosos y estables que España. Estas potencias controlarán a través de las economías exportadoras del viejo capital mercantil la endeble nación colonial, disgregándola en Estados "soberanos" con independencia política. Las 20 "naciones" latinoamericanas nacen de dicho estallido.

El campo, por así llamarlo, consistía en una tierra sin árboles de la que brotaban manojos de pajas secas, una pequeña vivienda con cocina y cuatro piezas, un pozo de agua fresca y dos galpones. Comodidades como el agua corriente o la luz eléctrica brillaban por su ausencia, como diría mi abuelita paterna Rosa Gurtman. A propósito de ella, cuando visitó la chacra de Despeñaderos inmediatamente la rebautizó, muy apropiadamente, Desamparados. Mi padre le aseguró que la casa se convertiría en un palacio veneciano



“Tampoco en la lucha contemporánea existe otra frontera que la de la lengua y la bandera unificadora”



Laura y padre en la costa atlántica.
Arriba su padre con su mamá, Fabi Carvalho (alias *La Maga* en la biografía de María Esther Gilio sobre Onetti), en el Vaticano.

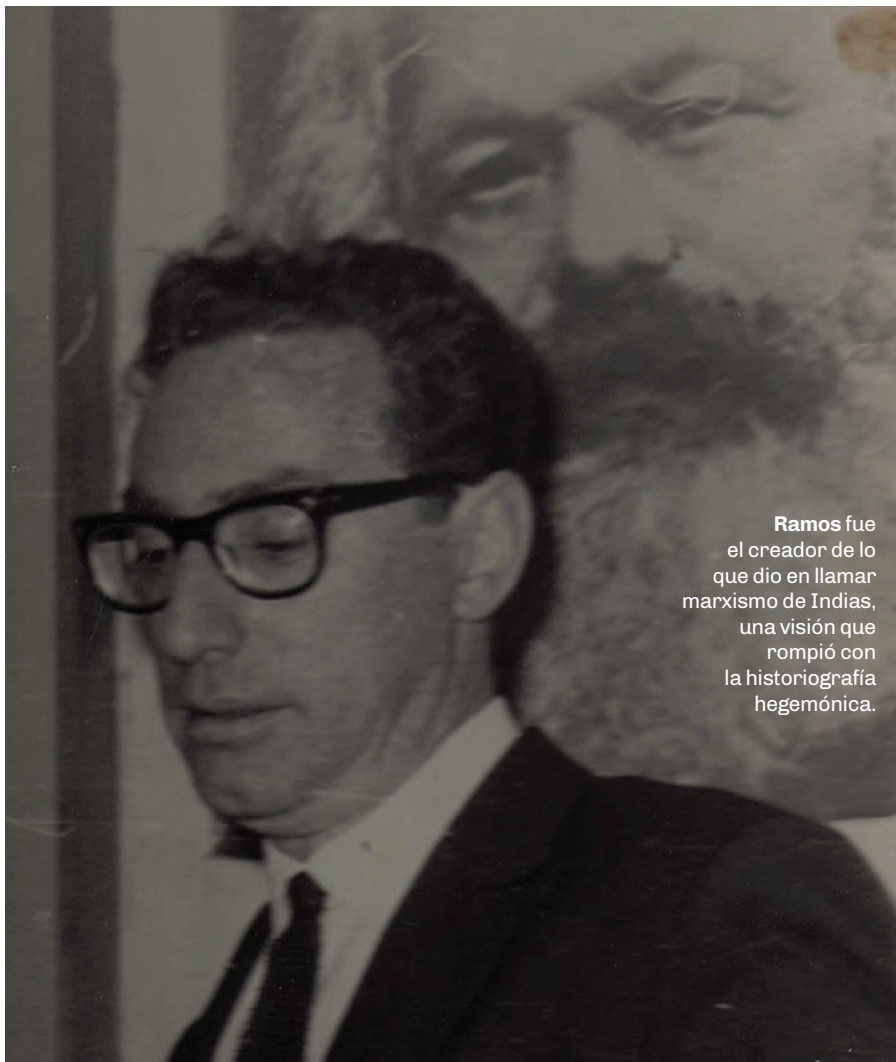
y el emprendimiento vacuno en un tampo modelo. Sus predicciones no se cumplieron.

Todas las fuerzas que Bolívar logró congregar en su torno para consumir la independencia se disolvieron cuando pretendió construir la unidad de los Estados recién emancipados. Las mismas oligarquías regionales que sostuvieron a los ejércitos libertadores con recursos y hombres, entre los que figuraban muchos parroquiales "padres de la patria", se volvieron contra los unificadores cuando el comercio libre estuvo garantizado. De esa disgregación nacieron las pequeñas patrias, estas miserables y arrogantes "naciones", pavoneándose con ejércitos sin armas, aduanas de bajas tarifas, territorios desolados, monedas perpetuamente devaluadas y prolijas fronteras con los incontables Principados de Luxemburgo que colorean el mapa gigante. La época de la "argentinidad", de la "peruanidad", de la "bolivianidad", de la "chilenidad" debía coincidir con la sólida inserción en la estructura del comercio mundial de los Estados librados al azar histórico después de la muerte de Bolívar. Dicho fenómeno se despliega alrededor de 1880, cuando los países latinoamericanos elaboran sus formas jurídicas más o menos permanentes y construyen su "unidad nacional", a la vez que Europa o Estados Unidos establecen con ellos canales regulares de intercambio y la complementación económica se consolida en la unilateralidad de la producción.

En cuanto a la ordeñadora, nunca logramos entender del todo el manual de instrucciones. De todos modos el banco, o la compañía, o como quiera que se haya presentado esa vez el brazo justiciero del capitalismo, se la llevó pronto, cuando se remató el campo junto con las doce vacas lecheras algo flacuchas, de mirada anhelante, que habíamos conseguido.

Una ensayística torrencial se volcará luego sobre el "americanismo" o el indigenismo abstracto. Sus autores se reclutaban entre los viandantes a mitad de camino de un liberalismo desmayado y los matices prudentes de las "vibraciones telúricas". Otro género, más zahorí, era el de los escritores que tenían perpetuamente dilatada la pupila sobre "el misterio de América". Este pantano de aguas vivas y materias orgánicas ha devorado ya miles de volúmenes nutridos de esa Gran Nada que la prensa sería llamada "el pensamiento americano". Todo el secreto consistió en evitar los temas esenciales del drama.

Ese de 1976 fue un invierno dickensiano en el que leí bastantes novelas, ejercité mis músculos sacando agua del aljibe y, por sobre todo, acuñé todo el material imaginable para mis futuras historias de madrastras.



Ramos fue el creador de lo que dio en llamar marxismo de Indias, una visión que rompió con la historiografía hegemónica.

"Fuimos a escondernos al campo: en una chacra que se llamaba Despeñaderos y mi abuelita Rosa rebautizó Desamparados"

"En el texto, Ramos deja en claro que su visión no es la de un argentino quejoso de las derrotas de su país natal, al cargar claramente las tintas en las responsabilidades de Buenos Aires y su dirigencia por la fragmentación que retrata. Así, en cada capítulo del libro, surgen las responsabilidades de Rivadavia, Alvear, Lavalle y otros argentinos en las derrotas y los renunciamentos de San Martín, Artigas, Dorrego, claves en el comienzo mismo de la disgregación latinoamericana."

Jorge Coscia, en el prólogo de *Historia de la Nación Latinoamericana*.

La gran victoria de Sucre resonó en todo el continente con inigualado eco. Terminaba allí, por obra de cinco mil jóvenes criollos, la historia de trescientos años de poder español. Lo que parecía imposible y fantástico, era ya una realidad. La emoción que despertó la victoria de Ayacucho corre en las crónicas. Al recibir el pliego con las noticias, Bolívar sufrió un ataque de verdadera enajenación: se arrancó la chaqueta militar, juró ante sus oficiales, ignorantes de lo ocurrido, que jamás volvería a vestir el uniforme militar y se lanzó a bailar solo, como un verdadero poseído. Después, con voz entrecortada, informó a todos del triunfo de Ayacucho y ordenó inmediatamente a sus acompañantes tomar champaña hasta embriagarse, lo que comenzó por hacer él mismo, habitualmente sobrio.